

necesito convencerme de que se abre un abismo entre miss Dombey y yo, de que debo abandonar la esperanza, de que no... de que no tengo más que una pierna para... para andar.

Susana se compadeció del infortunado mister Toots y accedió á acompañarle : lo que hizo al día siguiente, de mañana.

La iglesia en que debía celebrarse el matrimonio de Wálter era muy vieja y húmeda, situada en el rincón de un patio y encerrada en un laberinto de callejuelas y pasadizos, pegada á un pequeñito campamento. Ella misma parecía sepultada en una especie de bóveda formada por las casas vecinas y enlosada con piedras resonantes. Era un edificio medio ruinoso, frío, con grandes y gastados bancos de roble, donde unos cuantos fieles se sentaban asistiendo los domingos al culto. La voz del clérigo resonaba de una manera triste en medio de aquella soledad, y el órgano gruñía y rechinaba como si le acometiera algún dolor de vientre, falto de multitud que calentase el aire y echara fuera la humedad. Pero no le faltaba á esta iglesia en la City la compañía de otras muchas, rodeándola los campanarios en número tan considerable como los mástiles de embarcaciones en el río. Penoso hubiera sido contar las agujas de tantas torres, si alguien hubiese tenido esta manía. No había plaza ni plazuela ni hueco que no tuviera su correspondiente iglesia. Cuando, el domingo por la mañana, llegaron juntos Susana y mister Toots á aquellos parajes, el campaneó era ensordecedor : más de veinte iglesias clamaban porque la gente entrara en ellas.

Las dos ovejas descarriadas fueron introducidas en el aprisco por un bedel y tomaron asiento en un

banco muy cómodo. Como habían llegado harto temprano distrajeron la espera contando el número de fieles, escuchando la desconsolada campana y mirando al viejecito que la ponía en movimiento desde el pórtico, tirando de una cuerda y apoyando el pie, con todo el peso de su cuerpo, en un pedal lo mismo que un afilador en su rueda. Mister Toots, después de una escrutadora mirada á los grandes libros que puestos en el atril había, manifestó sigilosamente á Susana que no podía adivinar en cuál de ellos estarían las amonestaciones; pero la joven, por toda contestación, movió la cabeza y frunció el ceño, repeliendo en aquellas circunstancias toda especie de pensamientos mundanales.

Y sin embargo, no tenía otros mister Toots : evidentemente todo se le volvía mirar, escudriñar por conocer el libro de amonestaciones; no hizo otra cosa durante la primera parte del culto. Al acercarse el instante de la publicación de amonestaciones, el pobre Toots empezó á temblar y más aún cuando vió inesperadamente que el capitán Cuttle surgía en primera fila de las tribunas. Cuando el clérigo empezó á leer, Toots se recostó cuanto pudo, pero así que el clérigo pronunció claramente los nombres de Wálter Gay y Florencia Dombey, añadiendo que era la tercera y última amonestación, Toots ya no pudo contenerse; levantóse precipitadamente y se escapó de allí corriendo y sin sombrero. El bedel, la acomodadora de los bancos y dos médicos que acertaron á encontrarse entre los fieles, salieron corriendo también en auxilio del joven. Por fin, volvió el bedel y dijo en voz bajita á miss Nipper que no tuviera cuidado; que la indisposición del caballero no era nada y que él mismo acababa de asegurar que no tenía importancia.

Susana se hizo cargo de que los ojos de toda aquella integrante porción de Europa estaban clavados en ella. Y lo peor era que el capitán Cuttle se daba desde la galería maña para hacer comprender á todos, con sus ademanes y gestos, su misteriosa conexión con lo sucedido. Á todo esto iba comprendiendo el joven Toots que su situación era bastante extraña. En el estado de su ánimo no podía quedarse solo junto al campo santo, á la puerta del templo. Por otra parte, creía necesario demostrar su respeto al culto, interrumpido por su culpa. Así pues, volvió á entrar en la iglesia: sólo que en vez de sentarse en el banco, donde había estado, tomó asiento en la última fila, entre dos viejas que comúnmente recogían el pan, para limosna depositado en una alacena, en el pórtico. Naturalmente, la presencia de Toots, y más en aquel banco, siguió llamando la atención de los fieles. Por último, recayó Toots en un ataque de tristeza, se levantó y se fué silenciosamente. Ya no se aventuró á entrar de nuevo, pero sí tornó á sus vivos deseos de asociarse á los actos religiosos; así, de vez en cuando se asomaba por las ventanas y ora se le veía en una, ora en otra, siempre con cara de asustado. Como las ventanas accesibles por fuera eran muchas y el desasosiego de Toots grandísimo, no solamente resultaba difícil adivinar por qué ventana se le vería, sino que para seguir el juego de sus apariciones era necesario abismarse en un complicado cálculo de probabilidades, con gran perjuicio de las meditaciones á que el sermón piadosamente invitaba. Las desordenadas evoluciones de Toots desconcertaban toda especie de conjeturas. Y lo más curioso era que como Toots no veía bien desde el exterior, para enterarse tenía que pegar la cara á la vidriera

y permanecer así un espacio de tiempo, bastante para que todas las miradas se fijasen en él: entonces enterábase Toots de la espectación y desaparecía para reaparecer en otra parte.

Aquellos procedimientos de Toots y el concienzudo empeño de que alardeaba el capitán hicieron la posición de Susana extremadamente insostenible. Por fortuna se concluyeron pronto los oficios quedando con esto libre Susana de un gran peso.

Menos amable que de costumbre estuvo miss Nipper con el joven atolondrado: éste procuró dar explicaciones diciendo á Susana y al capitán, que se había incorporado á ellos, que ahora, seguro ya de que no habían esperanzas, se encontraba más reconfortado — no era precisamente reconfortado lo que pretendía significar, sino más bien que se encontraba reconfortable y completamente aniquilado.

Suavemente fué transcurriendo el tiempo, y ya llegó la víspera del día señalado para la boda. Todos estaban reunidos en el cuartito alto del guardia marina. No había temor de interrupción, pues ya no habitaba nadie en aquella casa: el guardia marina la tenía toda para él solo. Reinaba la quietud y la calma propias de la consideración al día venidero; pero no faltaba por esto cierta moderada alegría. Florencia, sentada junto á Wálter, estaba concluyendo una labor que iba á regalar al capitán como obsequio de despedida. El capitán jugaba á las cartas plácidamente con el joven Toots. Mister Toots pedía consejo á Susana en sus jugadas. Miss Nipper le daba estos consejos con la mesura y circunspección consiguientes. Y Diógenes estaba atento á cualquier ruido, gruñendo y hasta ladrando á media voz y agachán-

dose luego como si le diera vergüenza de haberse alarmado sin motivo.

— ¡Quieto, quieto! — dijo el capitán dirigiendo la palabra á Diógenes. — ¿Qué cosa mala te sucede? No estás esta noche en tu juicio, amigo.

Diógenes movió el rabo, pero un momento después aguzó las orejas y medio articuló otro ladrido tornan- do luego á su actitud de humilde perro equivocado.

— Lo que á mí me parece, amigo Di — añadió el capitán mirando atentamente las cartas y rascándose la barbilla con la mano postiza — es que tienes tus dudas con respecto á la señora Richards. Pero como yo te conozco bien estoy seguro de que lo pensarás mejor. Ahora, hermano (esto iba dirigido á Toots), si está usted listo, viremos de proa.

Decía todo esto el capitán muy atento á su juego; pero de repente dejó caer todas las cartas en la mesa, abrió los ojos y la boca con asombro, encogió las piernas y las apretó contra la silla. Miró en derredor, uno por uno á todos los que estaban presentes y advirtiendo que nadie se había enterado de aquello que á él le producía aquel efecto, tomó aliento y dando un gran puñetazo en la mesa gritó con estentórea voz:

— ¡Ahó, sol Gills!

Y cayó en brazos de un peludo capote que había entrado en la habitación juntamente con Polly.

Un momento después era Wálter quien se encontraba en brazos del capote. Y luego Florencia. Y luego el capitán Cuttle abrazó á mistress Richard y á miss Nipper y dió un gran apretón de manos á Toots exclamando:

— ¡Hurra, muchacho, hurra!

El capote y la capucha y la bufanda dignas com-

pañeras del capote se apartaron del capitán y de Florencia para volverse á Wálter y del fondo de la bufanda, de la capucha y del capote salía una voz que sollozaba, mientras que las peludas mangas abrazaban estrechamente á Wálter. Durante esta pausa, en que nadie hablaba una palabra, el capitán se restregó la punta de la nariz con suma diligencia. Y cuando el capote, la capucha y la bufanda se enderezaron por sí mismos, Florencia se dirigió gentilmente á ellos y con ayuda de Wálter descubrió al viejo Solomón, algo más arrugado, algo más flaco, pero siempre con su peluca de Gales, su casaca de color de café y botones dorados y su cronómetro infalible que rebasaba del bolsillo.

— ¡Un pozo de ciencia, como siempre! — dijo el radiante capitán — Sol Gills, Sol Gills ¿qué ha sido de ti en tanto tiempo? ¿Cómo estás?

— Medio ciego, Ned; estoy medio ciego: y además casi sordo y mudo de alegría.

— ¡Es su voz! — exclamó el capitán mirando en derredor y tan contento que la misma expresión de su rostro, con ser tan exaltada, no traducía exactamente el estado de su ánimo. — ¡Es su voz! Siempre el mismo pozo de ciencia! Sol Gills, amigo mío, ya puedes reposar en tu viña á la sombra de tus higueras, como viejo patriarca que eres, y contar- nos tus aventuras con esa tu voz, familiar para todos nosotros. Es la voz — añadió el capitán de una manera impresionante y alzando la mano postiza para dar á entender que iba á citar la Biblia — es la voz del perezoso: « Yo le oí que se lamentaba y que decía: ¡Oh señor, mi Dios! me despertaste muy temprano, déjame que duerma todavía. Pon en dispersión á mis enemigos y aniquílalos. »

Con esto se quedó el capitán satisfecho, como un hombre que ha tenido la suerte de expresar la opinión de los que le escuchan. Inmediatamente se levantó para presentar á mister Toots que estaba muy desconcertado por la llegada de aquel señor que evidentemente hacía uso del nombre Gills.

— Aunque no he tenido el gusto de conocer á usted — dijo Toots — antes de que usted estuviera... estuviera...

— Lejos de la vista, pero presente en la memoria — sugirió el capitán en voz baja.

— Exactamenté, capitán Gills — asintió Toots. — Aunque no he tenido el gusto de conocer á usted, señor... señor Sols (halló este nombre Toots inspirado por una luminosa idea), antes de estos acontecimientos, crea usted que tengo ahora mucho gusto en... en conocerle. Y me alegraré de que esté usted tan bueno como puede esperarse.

Dichas estas corteses palabras sentóse Toots, muy colorado y riéndose.

El anciano Gills, sentado entre Florencia y Wálter, mirando afectuosamente á Polly, dijo :

— Ned Cuttle, amigo mío, aunque ya he sabido una porción de cosas, gracias á la excelente amiga que aquí tenemos — ¡ y qué grato es recibir la bienvenida de un rostro tan noble como el suyo !...

El anciano interrumpió su frase, restregándose las manos con aquella distracción, peculiar en él, que todos conocían.

— ¡ Escuchen ! — exclamó el capitán gravemente. — « Esta mujer era capaz de seducir á todo el género humano. » — Y dirigiéndose á Toots añadió : — Busque usted en la Biblia, hermano ; lea, lea el capítulo sobre Adán y Eva y allí encontrará ese pasaje.

— No tenga usted la menor duda de que lo leeré — dijo Toots.

— Aunque ya he sabido, gracias á Polly, no pocas cosas de las acontecidas — dijo el óptico sacando de un bolsillo las gafas y poniéndoselas con su ademán acostumbrado — me parece tan extraordinario todo esto, de tal manera inesperado y estoy tan subyugado por la alegría de ver á mi querido chico y á...

No concluyó la frase, pero miró á Florencia que bajaba modestamente los ojos.

— No ; no podré decir nada esta noche — añadió el anciano. Pero, mi querido Ned Cuttle ¿ por qué no me has escrito nunca ?

— ¡ Escrito ! — repitió el capitán como un eco — ¡ Escrito, Sol Gills !

— Sí — dijo el anciano — á Barbadas, ó Jamaica, ó Demerara. Así te lo pedía.

— ¿ Así me lo pedías ?

— Sí, Ned. ¿ Acaso no te has enterado ? ¿ Ya no te acuerdas ? Siempre te he rogado lo mismo, al escribirte.

El capitán se quitó el sombrero de hule, lo colgó de su mano postiza y con la otra se acarició la frente, mirando á las personas que le rodeaban : una perfecta imagen de la admiración resignada.

— Parece que no me has entendido, Ned — observó Sol.

— Sol Gills — repuso el capitán después de mirar fijamente á su interlocutor, así como á los circunstantes — Sol Gills, estoy sin rumbo, á la deriva. Dinos una ó dos palabras respecto á esas aventuras. No puedo echar el ancla.

— Ya sabes, Ned, porqué razón me fui. ¿Abriste mi paquete?

— Sí, sí — contestó el capitán — ciertamente, lo he abierto.

— ¿Y lo has leído?

— Y lo he leído — contestó el capitán, disponiéndose á citar una frase, de memoria. — He leído. « Mi querido Ned Cuttle; cuando salí de casa para las Indias Occidentales, en busca de noticias de mi querido Wálter... » aquí presente. Ahí está Wálter — añadió el capitán, satisfecho de haber invocado tan irrecusable testigo.

— Bien está, Ned. Ahora un momento de atención. La primera vez que te escribí estaba en la Barbada. Te decía que á pesar de recibir esta carta, como seguramente la recibirías, mucho antes de fin de año, abrieras el paquete y así te podrías informar de las razones de mi viaje. Bueno; pues a describirte por segunda vez, por tercera y aun no sé si por cuarta — desde Jamaica — te decía que continuaba en el mismo estado, que no tenía descanso y que no dejaría aquella parte del mundo hasta saber si mi muchacho se había perdido ó salvado. La última vez que te escribí, me parece que fué desde Demerara ¿no es cierto?

— ¡Le parece que desde Demerara! ¿No es cierto? repitió el capitán, mirando en derredor con espanto.

— Y te decía — prosiguió el viejo Sol — que hasta aquel momento no tenía ningún informe exacto; que había encontrado muchos capitanes, en aquella parte del mundo, conocidos míos desde pasados años y que me habían llevado de un lado para otro; pero que á pesar de tantas peregrinaciones no había manera de saber cosa alguna de mi chico; de suerte que por allí

tendría que seguir yo probablemente mientras me durase la vida.

— Probablemente como si fuera un científico viajero holandés — dijo, muy serio, el capitán.

— Pero cuando recibí la noticia — en la Barbada, á donde había regresado — de que un barco mercante procedente de China y con rumbo á Inglaterra contaba en su tripulación á mi chico, entonces, Ned, me embarqué en el primer barco que pude para volver aquí, á donde acabo de llegar esta noche ¡Dios sea bendito!

Cuando Sol pronunció estas palabras, con verdadera devoción, el capitán hizo una reverencia, miró en torno empezando por Toots y acabando por el instrumentista náutico y luego gravemente dijo:

— Sol Gills: la observación que debo hacer no tiene más objeto que tirar de la escota para largar enteramente el trapo y ganar el puerto con una virada de cabeza. Amigo; Edward Cuttle no ha recibido ninguna carta de esas. Ninguna carta de esas — repitió el capitán para que su declaración fué más solemne; — ni una de ellas ha sido entregada á Edward Cuttle, marino de Inglaterra: tan cierto como lo es que vive sosegado y tranquilo y procurando su mejoramiento espiritual, si Dios quiere.

— Yo puse las cartas en el correo, por mi mano. Y de mi mano iba la dirección, número nueve, Brig Place — afirmó el viejo Sol.

Quedóse pálido el capitán y al instante se puso colorado como una brasa.

— ¡Qué estás diciendo, amigo mío! Número nueve, Brig Place... — inquirió el capitán.

— Naturalmente ¿No es tu domicilio? — repuso el anciano — Mistress... Fulana. Acabaré por olvi-

darme de mi propio nombre. Siempre me he confundido. Mistress...

— ¡Sol Gills! — exclamó el capitán, dando á entender por su acento que no creía en la posibilidad de acertar con el nombre. — No será ese nombre el de Mac Stinger...

— Pues sí : ese es — dijo Sol en seguida. — Estoy seguro. Mistress Mac Stinger.

El capitán Cuttle, desmesuradamente abiertos los ojos, arrebatada la sangre al rostro, dejó escapar un melancólico quejido y miró á los presentes sin que le fuera posible articular una palabra. Al fin rompió otra vez á hablar y dijo :

— Repíteme eso, amigo Sol : hazme el favor.

— Todas las cartas — dijo Gills apuntando con el índice de la mano derecha en la palma de la mano izquierda, con firmeza y exactitud que hasta podían hacer honor al infalible cronómetro de bolsillo — las he puesto yo en el correo, por mi mano, con dirección al capitán Cuttle en casa de mistress Mac Stinger, número nueve, Brig Place.

El capitán descolgó el sombrero de hule del garfio de su mano postiza, lo miró, se lo puso y se sentó, abatido.

— Amigos míos — dijo el capitán mirando á unos y otros con desolado aspecto — yo había levado anclas.

— ¿Pero no dejó usted dicho á dónde? — preguntó Wálter.

— Ya, ya ; para esas estábamos, amigo. Si hubiera dicho que me iba ¿crees tú que me hubiesen dejado? No había más que levar anclas y largarse. « La visitéis solamente en sus horas de calma ; pero si la hubierais visto en sus momentos de ira... » Toma nota, Wálter.

— Ya se la daré yo, la ira — dijo Nipper, con la mayor serenidad.

— ¿Cree usted? — observó el capitán, moviendo la cabeza. — Bueno. Esa creencia la favorece mucho. Pero yo preferiría habérmelas con una fiera. Si tengo mi baúl es gracias á un amigo sin rival en el mundo, en punto á fortaleza. ¡Mandarle cartas á ella! ¡Cartas para mí, en tales circunstancias! Dígoles á ustedes que no hubiera querido encontrarme yo en el pellejo del cartero...

— De manera que usted, que todos nosotros y especialmente mi tío Sol — dijo Wálter — debemos á esa señora Mac Stinger la ansiedad porque hemos pasado.

Era tan evidente el hecho que el capitán no se atrevió á ponerlo en duda ; pero no por esto dejaba de avergonzarse el capitán al pensar en el papel que había representado. Todos lo comprendían y así cambiaron de conversación al momento. El capitán continuó nebuloso, apesadumbrado, por un tiempo larguísimo, cinco minutos : no cabía más en su ánimo. Luego reapareció el sol en su semblante, radiando con brillo extraordinario. Y entonces poniéndose en pie el capitán repartió entre los concurrentes sendos apretones de manos.

Entablóse una conversación acerca de los incidentes del viaje y al cabo de un rato se despidieron todos de Florencia, dejándola en su habitación y bajando al comedorcito. Wálter se quedó un momento más y cuando se reunió con ellos les dijo que Florencia no se encontraba bien y que iba á acostarse. En consecuencia y para no molestarla con el rumor de la conversación empezaron á hablar en voz baja. El anciano Sol satisfizo con su relato el gran deseo que todo,

tenían de conocer sus aventuras. Y como Wálter tuvo ocasión de explicar al recién llegado los eminentes servicios que Toots había prestado en aquella casa, este joven se lo agradeció profundamente.

— Señor Toots — dijo Wálter al despedirle — ¿le veremos á usted mañana temprano?

— Teniente Wálter — contestó mister Toots estrechando fuertemente la mano de su amigo — no faltaré.

— Esta es la última noche que por ahora, y Dios sabe si por siempre, hemos pasado juntos — dijo Wálter. — Espero que el noble corazón de usted comprenda el mío. No duda usted, ¿verdad? de que le estoy muy agradecido.

— Wálter — replicó Toots emocionado — me enorgullecería pensar que puede tener usted alguna cosa que agradecerme.

— Florencia — dijo Wálter — que mañana tomará otro nombre — me ha encargado, me ha hecho prometerla que se lo comunicaré á usted, un recado; y es que puede usted contar con su sincero afecto.

Toots, que estaba en la puerta, se apoyó en el marco de ella y se llevó la mano á la frente como para sostener la cabeza.

— Y con este afecto — prosiguió Wálter — la seguridad de que tendrá á usted en mayor estima que á nadie, porque no olvida, ni olvidará jamás la consideración fidelísima con que usted siempre la ha tratado. Que en sus plegarias, siempre se acordará de usted y que tiene la confianza de que usted también se acordará de ella. ¿Quiere usted que la diga alguna cosa de su parte?

— Dígala usted, Wálter — repuso Toots — que pensaré en ella todos los días, y que siempre será

para mí una felicidad el considerar que se ha casado con un hombre que la ama y á quien ella ama. Dígala usted, le ruego, que tengo la seguridad de que su marido es digno de ella — hasta de ella — y que me regocija su elección.

La voz de Toots había sido confusa al principio de estas palabras, pero al llegar al fin ya era clara. Dió á Wálter nuevamente la mano, con efusión á que éste correspondió, y se marchó á su casa.

Acompañábale el famoso Pollo. En efecto, últimamente se había establecido la costumbre de que éste fuera con su amo y discípulo, quedándose en la tienda mientras duraba la tertulia. Pensaba Toots que quizás podía presentarse alguna coyuntura en que luciera el valor de aquel Pollo contra enemigos del exterior, que atentaran contra el guardia marina.

Aquella noche no estaba el ilustre personaje de un humor muy suave. Tal vez sería efecto de la mala luz de los faroles, ó tal vez sería que el Pollo haría un gesto más feo aun que de costumbre, con su magullada nariz y sus ojos torcidos; de todos modos, el individuo resultaba de mal talante aquella noche. Toots se volvió para mirar desde la acera la ventana del cuarto de Florencia. Quizás fué este el motivo de aquel gesto del Pollo. Sin embargo, en el trayecto, por las calles, el campeón de box manifestó ciertas intenciones hostiles para con los traseuntes, harto mayores de lo lícito en un profesor del arte pacifista y de defensa propia. Cuando llegaron á su casa en lugar de despedirse de mister Toots y dejar á éste en sus habitaciones retirándose él á la suya, se quedó el Pollo delante del discípulo, como queriendo decirle algo, dando vueltas al sombrero, con ambas manos y con cierto aire decidido aunque respetuoso.

Su patrón, absorto en pensamientos propios, no se enteró de aquella actitud. El Pollo, más molestado aun por la poca atención que merecía, determinó hacer ruido con la lengua hasta que Toots llegara á mirarle. Cuando consiguió este resultado, dijo con evidente mal humor.

— Y ahora máster (1) quisiera saber si se da usted ya por vencido ó si continúa la partida.

— Explíquese usted, Pollo-bravo — repuso Toots.

— No me costará mucho trabajo, máster. No me gusta perder palabras. Aquí está la cosa. ¿Hay que doblar á alguien por el estómago?

Diciendo esto dejó caer el sombrero, se puso en guardia sobre el brazo izquierdo, atizó al aire un puñetazo por lo bajo con la mano derecha y se volvió á su posición natural, ya tranquilizado.

— En fin, máster — añadió el Pollo — ¿es amagar ó va de veras?

— Pollo-bravo — repuso mister Toots — usa usted palabras incorrectas y se expresa usted de una manera oscura.

— Máster, lo que le digo á usted es que no está bien eso.

— ¿Qué es lo que no está bien?

— Eso — contestó el Pollo frunciendo su apabullada nariz hasta dar miedo. — ¿Está usted, máster? ¿Por qué no dobló usted al espetado? — sin duda

(1) La palabra *máster* no nos parece que pueda traducirse aquí por *amo*, puesto que no es propiamente un criado el que habla. Ni tampoco y por igual consideración, se podrá decir *señorito*. Sería impropio el *maestro*. Y no tendría carácter la palabra *señor*. Dejamos por consiguiente, en inglés, esta apelación respetuosa. (N. DEL T.)

con esta apelación despreciativa quería referirse el Pollo á mister Dombey. — ¿Y ahora, cuando puede usted tumbar al que gana, con toda la gentuza que le rodea, se va usted á echar fuera? ¿A echar fuera? — repitió el Pollo-bravo con expresión enérgica.

— ¡Pollo-bravo! — exclamó Toots severamente. — Me resulta usted un verdadero buitre. Tiene usted sentimientos atroces.

— Mis sentimientos se llaman pelea y desnudo — repuso el Pollo. — Eso es lo que yo digo. No puedo sufrir las cobardías. A mí me mira el público. Me iré á vivir al bar del *Little Helephant*; no puedo consentir que un discípulo mío se porte de ese modo. Aquí tiene usted mis sentimientos — añadió el Pollo-bravo con animación cada vez mayor. — Eso es lo que le digo.

— Pollo-bravo — replicó Toots — me está usted cargando.

— Máster — contestó el Pollo, poniéndose en el acto el sombrero — lo mismo digo. Usted me ha prometido varias veces que me pondría un establecimiento ¿verdad? Pues bien; que no haya nada de lo dicho. Mañana me da usted un billete de cincuenta libras y en paz. Me marcharé.

— Pollo-bravo — repuso Toots — después de los odiosos sentimientos que acaba de expresar usted me alegraré mucho de que se vaya usted en esas condiciones.

— Está dicho — contestó el Pollo. — Trato hecho. El proceder de usted no tiene explicación en mis libros, máster. Esto es lo que yo digo.

Y como evidentemente el Pollo-bravo no era capaz de decir otra cosa, la conversación terminó en este punto. Aquella incompatibilidad de apreciaciones no tuvo componenda.

Acostóse plácidamente mister Toots y aquella noche tuvo un ensueño felicísimo, pensando en que Florencia se había acordado de él como amigo en su última noche de soltera y que le había comunicado la expresión de sus cariñosos afectos.

CAPÍTULO LVII

OTRA BODA

Mister Sownds, el bedel y mistress Miff la acomodadora están desde muy temprano en sus respectivos puestos, en la elegante iglesia donde se casó mister Dombey. Un viejo caballero de la India, de tez amarillenta, se va á casar con una jovencita y se esperan de un momento á otro seis carruajes con grande cótica. Mistress Miff, tan bien informada como siempre, sabe que el viejo de cara amarillenta podría empedrar con brillantes todo el camino de la iglesia sin hacer la menor mella en su fortuna. La bendición nupcial promete ser solemne, pues va á oficiar un deán reverendísimo. En cuanto á la novia probablemente será dada en matrimonio, conforme al ceremonial conocido, por un elevado personaje que procede de la Guardia Real.

Mistress Miff está mucho más intolerante que nunca con la gente pobre; y eso que su opinión respecto á ellas y á sus pretensiones de sentarse gratis no databan de un día y se ejercitaban, despiadadamente, con frecuencia. No tiene mistress Miff estudios de economía política (ciencia que á su parecer se relaciona con alguna secta disidente, anabaptista,